

Treinta y tres milisegundos de eternidad

María del Consuelo Figueroa-García

Con amor a Maru

Eran las cuatro y cuarto de la tarde de un caluroso día de verano. La estación estaba a su máxima capacidad. No había un solo espacio donde no se sintiera la cercanía humana. El ambiente era rancio, y el aire, pesado y sofocante. No podías moverte ni un solo milímetro en aquel atestado lugar. Habían pasado más de veinte minutos y el metro no aparecía por ningún lado. De pronto, se oyó una voz que decía que por causa de fuerza mayor sería suspendido el servicio por un largo rato. Daba recomendaciones para que todos aquellos que así lo desearan salieran de la estación y tomaran otro tipo de transporte.

Yo lo pensé varias veces. Ya llevaba demasiado tiempo esperando y en realidad no tenía mucha prisa por llegar a casa. Había sido un día agobiante y lo menos que quería era mover mis cansados pies, así que decidí quedarme hasta que reactivaran el servicio. Me senté en el suelo y retomé la lectura. Reflexioné, igual se lee aguardando a que llegue el metro que en una habitación.

Vi cómo se iba vaciando la estación. Se notaba el enfado y la angustia en la cara de la gente. Había mucha prisa por llegar a algún lugar, el cual para mí era desconocido. El tiempo seguía pasando y del tren ni sus luces. De pronto, la estación quedó completamente desierta. Solo quedábamos el guardia y yo. Al darse cuenta, el guardia decidió darse un descanso y se fue.

No pasaron más de cinco minutos de que había decidido retirarse cuando en el túnel vislumbré las luces del tren. —¡Qué bien! —me dije—, hice lo correcto al no desesperarme y quedarme aquí, ahora llegaré a mi destino más rápido que si me hubiera salido.

El tren se detuvo en la estación. En el vagón que abordé venían unas cuantas personas: una mujer con un pequeño en brazos, un anciano y un hombre de extraño aspecto, al cual examiné, pero sin poner demasiado empeño en ese primer vistazo.

Sin embargo, algo en su persona me llamó la atención y muy discretamente volteé a mirarlo de nuevo. Vestía un elegante traje negro, usaba un bastón (aunque solo lo llevaba como adorno), zapatos de charol recién lustrados y un extraño sombrero. Pero lo que más me dio curiosidad fue su mirada. Tras las delgadas corneas de sus ojos se apreciaba un infinito vacío y, al mismo tiempo, la inmensidad de un abismo. Parecían la puerta a algún lugar desconocido.

Al darse cuenta de mi interés en su persona me dedicó una leve sonrisa, tan inexpresiva que hizo que se me erizara la piel por completo.

—Llegamos justo al punto donde empieza y concluye la eternidad —dijo—. Si te fijas bien, el tiempo es inmóvil, no inicia ni termina nunca. Ayer es la sombra de hoy y será el sueño de mañana. Nada se ha detenido, pero al mismo tiempo nada continúa.

Yo no entendía su extraña conversación. A qué viene esto de la eternidad, qué intenta decirme.

—¿Que cuánto dura?! Suele ser tan larga o tan corta como la quieras ver. Puede durar el pestañear de una mirada o lo que tarda en llegar el ocaso —dijo, con un largo suspiro que terminó ahogado en lo más profundo de su garganta—. Subirte al tren de la vida tarda un segundo —continuó—; recorrerla, un instante; y resignarte a perderla, una eternidad; justo como sucede con el amor. Te enamoras en una fracción de segundo, lo disfrutas por un instante y cuando te das cuenta llega el adiós, sin más explicaciones, y enseguida la eternidad del recuerdo se cierne sobre tu cabeza. La costumbre nos vuelve egoístas y alargamos la eternidad tanto como nos acomoda. Ponemos resistencia a la pérdida definitiva de mil maneras. Todos encontramos uno u otro modo de prolongar lo improlongable. Recurrimos a fotos, recuerdos, canciones, lo que sea. Nos las ingeniamos bien para hacer eternos todos aquellos momentos que nos han parecido extraordinarios, que nos han dado felicidad, pero también para llevar como lastre todo aquello que no deseamos, pero que abrazamos contra el pecho, como si nuestra arañada alma dependiera de ello. Justo hoy, subes en este preciso vagón, te sientas junto a este sujeto, lo miras, te devuelve la mirada, no dices nada en absoluto, pasan más de veinte estaciones, se baja, no te conoce, por lo que no te saluda, y de igual forma se irá sin despedirse. Sin embargo, esto no sucederá así, hoy las manijas del reloj giran a la inversa y retroceden el tiempo. Sí, hace no más de una hora se abrieron las puertas del vagón justo en la estación de tu destino. Pero el tiempo se negó a dejarte bajar y para evitarlo comenzó a avanzar hacia atrás. Tú no lo recuerdas, pero así fue. El extraño pasajero que no te saludó y jamás te dijo adiós soy yo, ese al cual miras extrañado, pues no lo conoces y no entiendes su extraña conversación. ¡Qué cansado es intentar charlar con la gente que sube a mi vagón! ¡Pero es mi trabajo y lo será eternamente!

La vacuidad de sus ojos me hizo recordarlo. Sí, en esa fría mirada encontré un fuego apagado hace miles de años. Con discreción, rasqué en el rescoldo de sus pupilas buscando señales, pero no encontré nada, solo vacío. Frío y gris vacío.

Por más intentos que hice para entender de qué se trataba todo aquello, no lo logré. De pronto, sin que el metro se detuviera un solo segundo, un vendedor de lotería subió en el vagón.

—Premio mayor, premio mayor: un segundo de eternidad —repetía una y otra vez—. El cachito no costaba tanto y decidí comprar uno. ¡Qué eran tres minutos de mi vida después de tan larga espera!

El sujeto me miró intrigado y preguntó:

—¿Qué pretendes hacer con el premio si te lo sacas? ¡Has comprado un boleto para un premio del cual no sabes absolutamente nada!

Mi atónita mirada expresaba rencor. Con voz casi ahogada le respondí:

—¡Un segundo de eternidad! ¿No oíste?

Él corrigió:

—Treinta y tres milisegundos de eternidad. Tú solo has comprado un cachito. ¿No crees qué has pagado demasiado por un poco de eternidad?

—¿¡Demasiado, has dicho!?! Solo he pagado tres minutos de mi existencia. ¿Para qué pueden servir tres minutos?

—Para escuchar el «te quiero» de una madre, acariciar las mejillas de un hijo, darle un beso al ser amado, disfrutar del susurro del viento, mojar tus pies en al agua de una tormenta, dar limosna a un anciano, perdonar a quien te ha ofendido, ofrecer una disculpa a quien has dañado, y podría seguir enlistando todas las cosas que se pueden hacer y disfrutar no en tres minutos, ¡en un segundo! —dijo—. Pero tú has comprado un billete de lotería que ofrece de premio un segundo de eternidad en una serie de treinta cachitos.

—Sí. Tú lo has dicho, ofrece eternidad, no minutos. Una gran diferencia ¿No lo crees?

—Has pagado tres minutos por treinta y tres milisegundos de eternidad, que no es lo mismo que eternidad. Una gran diferencia ¿No lo crees? —contestó con gran sarcasmo—. ¿Qué te parece si hacemos un trato? Te ofrezco la eternidad por tan solo medio segundo de tu vida.

—¡Es demasiado por tan poco!, dirías tú —le respondí.

—A mí la eternidad no me interesa, hace tanto que vivo en ella que dejó de tener sentido. Pero un segundo de vida me sería suficiente para decirle cuánto le amo —y con un largo y melancólico suspiro terminó la frase— ¡Cuánto le he amado por una eternidad!

—Al igual que tú, él añora la eternidad, la desea más que a una amante, dio todo por poseerla —me dijo mi reflejo—. Cada día, cada hora, la vida y la muerte se disputan la eternidad. A una no le interesa ganarla, de antemano sabe que cuenta con ella, la otra se niega a perderla y pelea haciendo de su lujosa vestimenta harapos. Ambas avanzan en la misma dirección, solo que la primera va perdiendo fuerzas en el camino, mientras que la segunda se nutre del sudor y el esfuerzo de su vecina. Nadie la invita y siempre tiene pase de cortesía VIP. Camina erguida y altiva, sabe que sin jugar ganará. En cambio, su contrincante con el paso del tiempo se va encorvando, tan dignamente como se lo permitan. Al final, entre una y otra es solo un segundo lo que hace la diferencia. Y la eternidad se encuentra justo entre dos trincheras, en ese pequeño instante, justo antes de que la llama se apague.

Yo sigo cavilando sobre el asunto, quiero probar solo un poco de ella. Saborearla un instante, meter mano bajo sus ropas y hacerla mía. Sé que es imposible, pero lo deseo.

—Mueres de sed y quieres beber de sus aguas, te sientes hambriento y quieres gozar de sus manjares —dice ahora algún recuerdo.

Un extraño pasajero se sube al tren, repite mi memoria. Te mira de soslayo, se sumerge en tus pensamientos, sin decir una sola palabra te cuestiona:

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar por ella?

Tú lo piensas por un segundo y respondes:

—¡Mi vida!

—Tu vida no me sirve —declara—. ¡Tu eternidad me sería suficiente! ¿Te parece bien?

Nuevamente, tu compañero de viaje pregunta:

—¿Aceptas? ¿Cambiarías un segundo de tu vida por una eternidad?

Tu cabeza gira vertiginosamente, entre el primero y el segundo no existen diferencias, solo que uno quiere tu eternidad y el otro un segundo de tu tiempo. Son el mismo, te repites una y otra vez. ¿Por qué entonces uno pide mi eternidad y el otro me la ofrece?

—No soy el mismo —dice con voz tranquila el primero—. Soy la imagen de atrás o de adelante del segundo.

—No soy el mismo —dice el segundo—. Soy la imagen de adelante o de atrás del primero.

No atino a adivinar cuál llego antes, ¿el primero o el segundo?

Ambos se superponen ante mis ojos. Los miro en el mismo sitio, pero son igualmente distintos. Ocupan igual volumen y al mismo tiempo se encuentran separados. La sensación que me inspiran es la de un tranquilo holocausto que mientras más se comprime más extenso se hace.

Vuelve a hablar el primero:

—Vengo arrastrando mi imagen hasta este momento —a lo que el segundo continúa:

—Y yo voy levantando la mía de regreso. Pero este no es el asunto. Dinos, ¿cambiarías todo cuanto tienes por la eternidad?

—Eternidad es lo que deseo —contesto—. No importa donde sea.

Estas palabras salen de mi boca sin que yo haya articulado ni un movimiento, sin que mi lengua se haya desplazado dentro de su cuenca. Es más, sin siquiera haberlo pensado o deseado. Solo al escuchar mi voz me doy cuenta de que soy yo quien ha hablado.

—Pues mira, ¡qué interesante! He subido y bajado de uno y otro vagón una eternidad —Dic[e][n] al mismo tiempo.

Yo, incrédulo, los miro y é[l][llos] responden:

—Este tren no tendrá más de 100 años, ¿Cómo es posible entonces que lle[ve][mos] en él una eternidad? Te estarás preguntando. En efecto —respond[e][n] al unísono—, este tren no es tan viejo ni tan nuevo como la eternidad y por ello te d[igo][ecimos] que h[e][mos] viajado en él una eternidad. Al igual que tú, deseá[ba][mos] conocerla, disfrutarla, vivirla. El deseo era tan grande, que [me][nos] fue concedido y desde entonces sub[o][imos] y baj[o][amos] de los vagones, día y noche, viendo ir y venir a la gente, que se apresura a vivir y al mismo tiempo desea una vida eterna.

—No soy el único —dice uno y le continúa el otro—. Como yo hay muchos viajeros de la eternidad que suben y bajan de una estación a otra.

Dirijo la mirada a los cristales y me doy cuenta de que el tren avanza de frente, como yendo hacia atrás. Es una extraña sensación, como si el instante anterior se prolongara inmediatamente por siempre. En los cristales de las ventanas mi imagen no es única, sino una secuencia, muy parecida a la cinta de una película, donde lo único que se ve es el instante que acababa de pasar encimado en el que viene en camino.

—¡No te asustes! —te dice el sujeto (que ahora vuelve a ser uno solo)—. Esto es parte de la eternidad, nunca empieza ni acaba en ningún lugar.

Respiras y exhalas al mismo tiempo. Las palabras son de ida y vuelta.

—No existe memoria de lo que acabas de hacer y, sin embargo, hay un recuerdo —continúa—. Yo he vivido o he muerto cada segundo de mi eternidad de esta manera, sin memoria, recordándolo todo. Pero sigamos...

El vendedor de billetes vuelve a subirse al tren sin siquiera haber bajado. Ofrece nuevamente sus mercancías, pero ahora el premio no es un segundo de eternidad, sino «tres minutos de tu vida».

Tú lo miras, esta vez te tomas tu tiempo para pensarlo, el precio del billete es un segundo de eternidad. Lo compras.

—Aún no has ganado y ya estás queriendo pagar con algo que no tienes —carraspea tu compañero.

El billettero espera su pago. Tú buscas en tu memoria una solución. No tienes recuerdos, por lo que no sabes cómo solucionar este problema. Devuelves el billete con profunda tristeza. El chico entra y sale del vagón sin decir una sola palabra.

—¿Por qué quieres comprar tres minutos de tu vida? —dice el sujeto—. Tu vida es completamente tuya, ¡ah, claro! Quieres recuperar el tiempo perdido. Has comprado un billete que juega por un segundo de eternidad con tres minutos de tu vida. Esos, querido amigo, ya no te pertenecen. Los cediste, o más bien los jugaste.

Ahora los gritones de la lotería anuncian: —nueve... cuatro... tres... uno... cinco... seis... ¡Premio mayor: un segundo de eternidad! ¡Premio mayor: un segundo de eternidad! —Miras el billete que tienes en las manos. El último número no coincide con el de la serie dictada por esos chiquillos.

—Tu número de la suerte ¡Siete! ¡Siempre siete! —dice con irónica sonrisa tu interlocutor—. ¡Cabalístico número de la suerte! Por él has perdido treinta y tres milisegundos de eternidad. ¿Qué harás ahora con una larga vida a la cual hay que restarle tres minutos? Sigue en pie mi propuesta, si de verdad lo que buscas es eternidad, yo te la ofrezco.

Vuelvo a mirar el cristal y ahora noto cómo pasa rápidamente en cámara lenta la película en la cual están sobrepuestos el pasado y el futuro. Se me ha ocurrido pensar que de esto se trata el presente, dos imágenes de un mismo espejo cara a cara. Un espejo cilíndrico, girando sin parar, donde la parte que refleja tu vida está hacia adentro y solo por este efecto es posible que suceda la superposición de las imágenes del pasado y el futuro, dando origen al presente.

—¡No! ¡No es de esta manera! —Se anticipa el sujeto—. No lo creas tan simple. En la eternidad no existe presente. No puede haberlo, dejaría de ser eternidad. Aquí solo hay pasado y futuro, siempre uno sobre el otro, compitiendo, jalándose las máscaras, intentando quedar uno solo, pero sin conseguirlo nunca.

Volteo a mi alrededor y me doy cuenta de que no hay nadie más que yo dentro del vagón. Miro mi reloj, sigue siendo la misma hora, pero el tiempo ha transcurrido. El sujeto, que sigue viéndome de soslayo, me pregunta:

—¿Sigues en lo dicho? —Deseas saborear por un rato la eternidad. Le respondes que sí. Se sienta a tu lado y te mira de frente—. Pues bien, la única manera es tomando mi lugar. La verdad es que yo ya estoy harto de vivir una eternidad. Mi cuerpo necesita descanso y si tú lo deseas te cedo mi eternidad. ¡No digas que no te di la oportunidad de conocerla antes de aceptar estar en ella!

Cierro los ojos por un instante y busco en mi memoria, trato de recordar mi pasado (ahora alguien que soy yo fuera de mí comienza a narrar esta historia), pero te das cuenta de que te es imposible, dentro de tu cabeza todas las imágenes de tus vivencias se superponen unas en otras. Sabes que tú tienes memoria, pero no puedes recordar. Te vienen a la mente las palabras del sujeto: «en la eternidad puedes recordar, pero no tienes memoria». —Sí, es el inicio —afirma tu acompañante—. Al principio todos tenemos memoria, pero no podemos recordar, conforme va pasando el tiempo la pierdes, pero no los recuerdos. No se necesita memoria para recordar lo que no se ha terminado de vivir nunca. ¿Entiendes? —Tú le respondes que no. —Mira —dice él— la memoria se tiene como almacén, es la biblioteca de tus vivencias, el panteón de tu pasado y, al mismo tiempo, el cunero de tu futuro. Pero en la eternidad, el pasado y el futuro son el mismo, uno iniciando y terminando sobre el otro, por lo que no existe el presente. Todo es una superposición de espacio-tiempo. Así que no necesitas memoria porque tus vivencias ni han comenzado ni han terminado, y tus recuerdos se siguen haciendo y deshaciendo del mismo modo.

El tren se aproxima a una curva, sientes vértigo y vuelves a cerrar los ojos. Al mirar en tu interior, tus recuerdos siguen encimados unos sobre otros, lo que te causa más vértigo aún. Abres los ojos, la curva ha quedado atrás. El sujeto sigue a tu lado, mirándote de frente, con la misma pregunta que en un inicio. Es como si la secuencia se repitiera una y otra vez. En el frío vacío de su mirada encuentras que no hay nada. Del otro lado de sus córneas solo ves soledad. No hay tristeza ni alegría, no existe odio ni amor. Solo vacío. Notas cómo la eternidad te va dejando solo. ¿Quién de los que amas te acompañará en la eternidad?! Te enamorarás un número infinito de veces de una cantidad infinita de personas, personas que irán muriendo al paso de tu eternidad.

El sujeto lee tus pensamientos y dice:

—La eternidad no es como la estás imaginando. Si piensas que podrás bajar de este tren, llegar a casa, hacer las tareas cotidianas, enamorarte, tener hijos, volverte a enamorar, volver a tener hijos, te equivocas. Como ya te había dicho, la eternidad no tiene comienzo ni final. Un segundo antes es un segundo después, el pasado y el futuro se superponen. Vivirás eternamente en este tren, en este momento, a mi lado, y en cuanto tomes mi lugar mi recuerdo estará yendo y viniendo por siempre, repitiendo una y otra vez esta escena.

Llevas perdidos tres minutos de tu vida y no has ganado ni un solo segundo de eternidad. Te empiezas a sentir encerrado en un inmenso espacio. De pronto, ves una extraña imagen y tus últimos minutos de vida, que se repiten una y otra vez. La muerte parada frente al espejo se alisa los cabellos. —¡Lleva ahí una eternidad! —te dice alguien.

La muerte se sienta intranquila. Ella tampoco sabe lo que está pasando. Tiene que darse prisa, muchos más la esperan. Se aprieta las manos, consulta su cronómetro, se ha desesperado. La eternidad la mira, sin decir nada. Revisa el filo de su guadaña que, sin haberla usado, de nuevo está astillada. La afila una y otra y otra y otra vez.

—¡Que alguien me explique! —dice desconsolada—. Jamás me había pasado. Llego, tomo la vida, me retiro y sigo con mi trabajo. Pero este sujeto repite una y otra vez la misma escena. Justo cuando le quedan 33.33 milisegundos de vida regresan las manecillas del reloj y marcan 2.66 minutos antes.

La eternidad se burla de la muerte. La escena se vuelve patética ante tus ojos. No mueres y no eres eterno. Solo repites una y otra vez 2.66 minutos en los cuales la agonía no cesa, las lágrimas de los que te aman siguen manando. Es un verdadero calvario.

El sujeto te toma la mano.

—¿Aceptas?

Tú regresas la mirada hacia su rostro y le contestas —¡NO!— No deseas eternidad. Solo quieres salir de ahí.

Él se burla, diciendo:

—No tendrás eternidad, pero tampoco dejarás de tenerla. Un segundo hace la diferencia y tú pagaste tres minutos.

Cierras, por última vez, los ojos. Buscas en las imágenes sobrepuestas el momento en el que el billeteo abordó el tren, te concentras, enfocas la imagen y logras retroceder hasta ese momento.

De pronto, sin que el metro se detenga un solo segundo, un vendedor de lotería sube al vagón. —“Premio mayor, premio mayor: un segundo de eternidad” —repite una y otra vez.

El cachito no cuesta tanto y decides... de repente el tren frena con gran fuerza, despierto y me doy cuenta de que sigo siendo un mortal, tan dentro de la vida que sin ser eterna es maravillosa. Sin saberlo había vivido treinta y tres milisegundos de eternidad. Mi reloj marcaba las cuatro cuarenta con treinta y tres milisegundos.

MARÍA DEL CONSUELO FIGUEROA GARCÍA. Narradora, científica y abogada. Originaria de Ciudad de México. Ha publicado los cuentos “Gatos verdes en la luna”, “El verdugo de los sueños”, “El día que se perdió la vaca”, “La moneda de la suerte” y “Vida para llevar”. Sus textos abordan temas como la desigualdad, la infancia, la violencia estructural, los vínculos afectivos y la relación humano-animal. Actualmente, prepara el libro de cuentos *Autopsia de un libro*. Combina su labor literaria con el trabajo profesional en el ámbito científico, jurídico y la defensa de los animales.

Recibido: 5 de abril de 2023

Aprobado: 4 de diciembre de 2024